

2. Antropología filosófica y literatura:

en torno a las experiencias de los combatientes
de la Gran Guerra

JOAN B. LLINARES

A modo de introducción: hacia una antropología filosófica de la guerra

Para exponer la significación antropológica de las experiencias de los combatientes en la Gran Guerra de 1914-1918 hay que acudir a ejemplos concretos, a casos que las muestren y describan con detalle y contrastada autenticidad. Ahora bien, sin revisar los correspondientes archivos militares de aquella guerra y sin tener que aportar nueva investigación, la cantidad de los ya estudiados por los historiadores es ingente. Es obvio además que los testimonios a utilizar serán siempre de un bando o de otro, de un país o de otro, pues no se participó en esa contienda por idénticos motivos desde Alemania, o desde Francia e Inglaterra, por no hablar de Austria, de Rusia, de Turquía o de los Estados Unidos.¹ Esos escritos estarán redactados desde una sensibilidad política concreta, y acusarán su origen en determinada tradición nacional, en la pertenencia a determinado ejército, con sus respectivas tradiciones, y procederán de lugares de destino en frentes y batallas diferentes. Tales textos se gestaron y quizá publicaron en cierta fecha, en plena vigencia del enfrentamiento o años después del final de los combates, cuando ya se sabía y se sufría la suerte del armisticio, tras meses o años de meditación y de comparación con la vida anterior y posterior a las batallas, y a partir de la incidencia de la guerra tanto en una biografía concreta como en la vida social y cultural de un país e incluso de todo Occiden-

1 Estas diferencias están bien perfiladas, por ejemplo, en Modris EKSTEINS, *La consagración de la primavera. La Gran Guerra y el nacimiento de los tiempos modernos*, trad. de Fernando G. Corugedo, Valencia, Pre-Textos, 2014.

te, si acaso se adopta una mirada global a la hora de dar testimonio de lo vivido. Es claro, por otra parte, que esos documentos los han escrito unos individuos con sus objetivos respectivos, es decir, están hechos desde determinada valoración de la contienda, sea que se la considere una opción justa y necesaria frente a la barbarie, en la que había que participar por estricto cumplimiento del deber, y una formidable escuela de virilidad y de defensa del honor, o, por el contrario, se perciba como una decisión injusta, arbitraria y criminal, más aún, y tras haber sufrido sus terribles percances, como un negocio macabro, un degradante absurdo, un trauma recurrente, una atroz masacre a evitar en el futuro. Ciertamente, no describen los actos de la guerra de igual modo unos belicistas que unos pacifistas, pues unos y otros toman la pluma motivados por finalidades muy diferentes y contrapuestas. Nosotros mismos, a la hora de darlos a conocer y de resumirlos, también podemos estar marcados por nuestras simpatías o antipatías hacia alguna de las naciones enfrentadas en esa contienda, y será inevitable que lo estemos de forma más o menos reflexiva por nuestra propia visión de la guerra como fenómeno antropológico, como realidad humana de permanente presencia en la historia, con todas sus poderosas consecuencias. Así pues, conviene que seamos conscientes de todo ello para estar atentos a lo que hagamos, comenzando por la metodología que vayamos a utilizar. Una cosa es manifiesta: no se trata de contestar a la pregunta de elemental respuesta sobre si estamos a favor o en contra de la guerra en general, sino de recabar información fidedigna sobre qué significa haber participado de hecho en una guerra como aquella, qué fue en realidad la experiencia de combatir en alguno de aquellos frentes y trincheras, qué sentido tiene ese conjunto de vivencias que marcaron para siempre la vida de muchísimas personas durante y después de la Gran Guerra, en el afortunado caso de que los protagonistas de aquella contienda nos lo hayan narrado en sus libros e indicado en sus cartas, diarios y cuadernos. Obtener respuestas a esos interrogantes tiene indudable relevancia antropológica, pues conocerlas amplía el horizonte de nuestro saber y de nuestra concepción de nosotros mismos, obligándonos a observar y tener en cuenta aquellas dimensiones de la vida de los humanos que se manifiestan en el violento vértigo de la guerra, unos aspectos y vivencias de acusado perfil y ambigua emotividad que solemos desatender por su supuesta excepcionalidad y por el descalabro que pueden producir en la racionalista imagen tradicional del *homo sapiens*.

Aunque estemos familiarizados con especialidades como la historia cultural o la de las ideas y mentalidades, nosotros no somos historiadores, no nos corresponde, así pues, dibujar un mapa general sobre la guerra en la Edad Contemporánea en el que insertar lo que vivieron los soldados en la Gran Guerra. Por otra parte, sobre esta cuestión del ser humano en el combate no nos es lícito hablar en nombre propio ni elaborar una especie de fenomenología sobre qué es aquello que propiamente vive quien participa directamente en una guerra, porque no tenemos experiencias personales al respecto, ni como soldados, ni como enfermeros, ni como conductores de ambulancias, fotógrafos o responsables de alguna cámara de filmación, ni siquiera como periodistas. Para lo que nos proponemos hacer hemos de utilizar fuentes ajenas: quisiéramos exponer qué vienen a ser esas experiencias bélicas, de las que los relatos, diarios o cuadernos de los combatientes nos posibilitan reconstruir vivencias, imágenes y juicios de valor, una tarea para la cual fotografías, dibujos y cuadros, así como documentales y films también aportan imprescindibles informaciones. Más aún, para evitar caer en anécdotas y particularidades poco representativas, fruto de gustos subjetivos, habría que acudir necesariamente al tratamiento más elaborado, crítico y contrastado de los historiadores y revisar sus estudios correspondientes. Pero por nuestro enfoque más cualitativo desde *la antropología filosófica y la literatura* tendremos que conformarnos con una presentación mucho más selectiva y reducida, que no obstante trataremos de que sea esclarecedora y oportuna, complementaria de las que ofrecen otros colaboradores de este libro.

No es el momento de justificar las aportaciones que la mejor literatura brinda a la filosofía, ni es la primera vez, por fortuna, que intentamos una aproximación antropológico-literaria a la Gran Guerra. En un congreso de filósofos dedicado al estudio de la guerra y la paz ya hicimos una exposición de las experiencias de quienes combatieron en esa contienda basándonos en la lectura de una significativa novela de gran impacto en los años treinta del siglo pasado, *Sin novedad en el frente* de E. M. Remarque.² Aquí practicaremos un doble enfoque: comenzaremos con el excelente libro de J. Glenn Gray *Guerreros. Reflexiones del hombre en la batalla*, publicado en 1959 tras catorce años de meditaciones

2 Joan B. LLINARES, "La experiencia del combatiente (una lectura de E. M. Remarque, *Sin novedad en el frente*)", *Pasajes de Pensamiento Contemporáneo*, 40 (invierno 2012-2013), pp. 94-107.

sobre lo que este joven filósofo norteamericano había vivido durante su participación en la Segunda Guerra Mundial, aprovechando sus diarios de aquellos años y las cartas a sus amigos. Lo redactó tras reconsiderar la gran literatura sobre hechos bélicos que desde Homero a Hemingway tenemos en Occidente, así como lo que los filósofos han escrito sobre esta grave cuestión, sobre su sentido y su sinsentido, su problemática legitimidad y debatida justicia, y sobre las difíciles vías de su ardua y ansiada superación, tarea en la que determinados aforismos de Nietzsche cobran especial relevancia. La hermosa introducción que preparó Hannah Arendt para la segunda edición del libro en 1970 ha sido un aval que nos ha reforzado.³ Desde entonces el prestigio de este ensayo se ha consolidado, hoy está considerado como una referencia obligatoria en la temática que aquí nos interesa. Como en lo que sigue esperamos mostrar, este veraz e incisivo estudio nos amplía el campo de percepción del fenómeno bélico y nos aporta enseñanzas sobre esta porción de la experiencia humana que es tan decisiva y a la vez tan ignorada y llena de mitificaciones y falsedades. En la segunda parte acudiremos a un par de textos literarios que confirman y amplían lo expuesto, e inciden además en aspectos un tanto difuminados de las vivencias de quienes participaron en aquella contienda: al revulsivo testimonio novelado de Louis-Ferdinand Céline basado en su propia experiencia como soldado añadiremos brevemente la versión que la aguda sensibilidad femenina de Virginia Woolf nos proporcionó de lo que, como si fuera en carne propia, y en diálogo con amigos que habían estado en el frente, como Gerald Brenan y Ralph Partridge,⁴ ella imaginó que afectaba a quienes habían salido con vida de aquella devastadora guerra, pero en realidad ya eran muertos vivientes, la neurosis de guerra.

¿Qué viven y sienten los humanos en las batallas?

Estar en el frente, cerca del enemigo, es, de entrada, y según el magisterio de Glenn Gray, a quien seguimos en estas páginas desde nuestra

3 Jessen GLENN GRAY, *Guerreros. Reflexiones del hombre en la batalla*, trad. de Mónica Garrido Fernández, Barcelona, Inèdita Editores, 2004. La "Introducción" de Hannah Arendt, redactada en febrero de 1966, se encuentra en pp. 15-21.

4 Cf. Irene CHIKIAR BAUER, *Virginia Woolf. La vida por escrito*, Madrid, Taurus, 2015, pp. 418 y ss.

personal interpretación, ir perdiendo ese odio abstracto que contra los adversarios se ha ido construyendo por la machacona propaganda omnipresente y descubrir que ellos también son seres humanos concretos como uno mismo, igual de frágiles y sufrientes, igual de limitados y mortales, igual de obnubilados y obligados por la correspondiente maquinaria estatal a luchar contra nosotros. La cercanía del combate y del permanente riesgo de perder la vida deshace la hinchada e inconsistente imagen de todos los “-ismos” que contribuían a propagar la intervención en la guerra (por ejemplo, el patriotismo, el nacionalismo, determinada concepción del occidentalismo, el heroísmo, el esteticismo o el tradicionalismo), descubriendo en la confrontación armada aspectos antes insospechados, como la camaradería entre compañeros que participan hombro con hombro en las mismas misiones bélicas, y por los que cualquiera de ellos se juega en admirable fraternidad hasta la última gota de sangre. Por otra parte, los días en el frente alteran la vivencia habitual del tiempo: participar en el combate produce un corte radical, una discontinuidad con la vida anterior y posterior, con el pasado y el futuro; ese presente prolongado y fuertemente sostenido que surge al hallarse en las trincheras, listos para cualquier ofensiva, es como un paréntesis, una excepción, un viaje inolvidable, una expedición hacia lo desconocido, y también como un sueño, o, mejor, como una pesadilla que uno no se acaba de creer que esté determinándole noche y día, día tras día, y que le puede arrebatar la vida si se desencadena un ataque y hacen blanco las descargas de la artillería y la infantería enemigas. Hemos dicho que se asemeja a un sueño y a una pesadilla porque parece algo incomprensible y hasta absurdo, algo cuyo sentido no es manifiesto y quizá incluso se sospecha que bien puede carecer de verdadera significación. No es, sin embargo, una experiencia trivial, al revés, es una experiencia mágica, llena de atractivos y encantos, como un hechizo fascinante cargado de fuerzas y seducciones. Pero deja un poso amargo, participar en un guerra es también sentirse culpable por muchos motivos, es avergonzarse incluso de ser uno mismo un miembro de la especie humana.

Tras esta primera síntesis general, pasemos ahora a ver con mayor detalle las características estructurales de la compleja vivencia del guerrero en los combates, desde su euforia y excitación frenéticas hasta sus miedos y su angustia paralizantes y persistentes.

El soldado que ha sido movilizado y se halla en zona de peligro se percibe viviendo una *doble vida*, ahora es un militar, ciertamente, pero

no deja de ser también una persona civil, un ciudadano, o, sencillamente, un ser humano: todo lo que hace vestido de uniforme está sometido a la férrea legislación militar, de ahí que tenga que cumplir las órdenes que los mandos y superiores le dicten, pero no por ello se anula su conciencia, su sentido del bien y el mal, es decir, no por participar en acciones bélicas según los partes del ejército se deja de ser moralmente responsable de los propios actos. Esto lo saben las autoridades y para adormecer las conciencias de los súbditos distribuyen a menudo alcohol u otro tipo de drogas en generosas cantidades, sobre todo cuando es inminente que se ha de entrar en combate. La consigna repetida es que en la guerra se goza de barra libre, todo está permitido en la lucha contra el enemigo, allí el asesinato de un congénere es legal, más aún, es una finalidad oficialmente autorizada y perseguida, matar a los adversarios es el medio necesario para conseguir el objetivo principal: la ansiada victoria. Pero hacerlo deja hondas cicatrices en la memoria de los combatientes, que no olvidan lo que han hecho en esa “temporada en el infierno”.

El soldado que forma parte de un escuadrón destacado en primera línea lleva una vida llena de emociones intensas, de grandes sobresaltos, de enorme derroche de energías; su existencia rebosa *autenticidad, vitalidad y verdad*, de ella se han deprendido los subterfugios y protocolos de la civilización y hay como un retorno a lo elemental y primitivo: desde que se está en el frente se sabe de nuevo qué es el sueño, el hambre, el frío, la humedad, la defensa de la integridad del cuerpo ante las balas, los gases y la metralla, y también ante los mordiscos de las ratas o la irritante picazón de pulgas y piojos... Ahora bien, esto sucede un día y otro día, siempre de la misma manera, los soldados están encerrados en espacios angostos como las trincheras, apenas sin ver nada más que un fragmento de cielo encapotado, oyendo el mismo ruido incesante y ensordecedor de obuses, granadas y balas, todo lo cual produce pronto un aburrimiento inaguantable, un tedio soporífero, una monotonía pesadísima, pues casi todos los días y todas las noches son iguales, una reiteración sistemática de más de lo mismo. El *tedio bélico* es como asistir a la breve peripecia de una pieza dramática de una única escena, repetida hasta el agotamiento. No hay nunca silencio, se oye siempre el mismo acompañamiento desquiciante de una misma y machacona canción de explosiones infernales y silbidos amenazantes. Por eso, si no se participa en alguna ofensiva de alto riesgo y posibles desplazamientos, hay que disfrutar periódicamente de días en la retaguardia, lejos de tanto peligro

convertido en insoportable costumbre, o de determinados permisos en zonas urbanas y distantes. Sin tales distensiones y distracciones habría individuos que podrían suicidarse, o que se comportarían de manera demasiado loca y desquiciada, dejando de protegerse y exponiéndose en exceso al fuego enemigo.

Así pues, en el frente, en un mínimo espacio y en muy poco tiempo se comprimen cosas contrapuestas y fortísimas, la sorpresa y la indiferencia, el coraje y el miedo, el respeto y el odio, es decir, formulándolo en dos palabras antitéticas, la vida y la muerte. Tal *inaudito concentrado de sensaciones contrarias* subyuga, aquello parece otro mundo, otro territorio que reclamase una nueva etnografía que pudiera proporcionar un necesario y desconocido autoconocimiento, un poderoso autodescubrimiento de uno mismo y de facetas ignoradas de la realidad, pero que solo se consiguiera adquirir a riesgo de muerte, asumiendo un peligro máximo. El contraste es tan brutal y tan denso que uno no comprende lo que vive y por ello lo interroga sin cesar: qué sentido tiene esa vida tan contradictoria, por qué se está allí en el frente, qué hace uno en tal lugar, para qué está combatiendo jugándose la vida y tratando de arrebatársela a otros congéneres...

Porque, en efecto, lo que allí se hace es defenderse y atacar, disparar, lanzar granadas y, cuando se llega al cuerpo a cuerpo, una vez superados los alambres y fortificaciones, utilizar la bayoneta y los cuchillos para tratar de cazar y matar enemigos, eso es lo decisivo y principal, experimentarse en cuanto *homo necans*, y, para poder hacerlo, se ha de sentir ira, furia y rabia, odio, miedo y animadversión, esto es, recurriendo a la expresión técnica, uno ha de manifestarse como una versión particular de *homo furens*. En el seno de tales ofensivas y ataques mortíferos se llega a saborear el *placer de destruir*, los seres humanos nos vemos empujados por la tremenda fuerza de la pulsión de muerte, ese impulso que desde los presocráticos a Freud se conoce con el nombre de *thánatos*. Las múltiples facetas que conforman el ámbito o espacio del *anthropos* se tornan entonces algo muy limitado y reducido, lo complejo se convierte en unidimensional, se vive obsesivamente pendiente del aquí y el ahora, con *predominio absoluto y exclusivo del momento presente*, la guerra produce ceguera y olvido para todo lo demás, es a fin de cuentas resistencia, ataque y lucha por la mera subsistencia y nada más, por eso la vida humana se desnuda y simplifica y se ve reducida a necesidades elementales, las imprescindibles para continuar existiendo, es decir, estar a cubierto, sanos y abrigados, y poder comer, beber, dormir,

mear, defecar y tratar de tener sexo... Uno de los efectos consiguientes es que el lenguaje que se utiliza en tal contexto es sumamente pobre, una jerga básica, muy grosera y obscena, reiterada y mínima. La convivencia en el frente las veinticuatro horas del día hace también que se pierda el sentido de la vergüenza y que se viva una especie de intimidad compartida, inimaginable en la vida civil en tiempos de paz, en los que merece reivindicarse el tener una habitación propia.

En tales condiciones, como una extraña flor, brota la vivencia de la camaradería, del *compañerismo*, de estar inmersos en el grupo y saber que de cada uno de sus miembros depende la vida de todos, la suya, la tuya y la de los demás. Uno no quiere defraudar a los compañeros de ninguna de las maneras, y, por otra parte, se quiera o no se quiera, uno ha de confiar en ellos. Nace así una sorprendente lealtad que según casos y edades reviste rasgos de paternidad, de fraternidad, de constantes cuidados recíprocos y altísimos riesgos compartidos que brotan de una espontánea afinidad situacional.

La comprimida y muy acentuada atención al momento presente y al mundo exterior, lleno de amenazas, hace que de inmediato surjan novedades y que estas se desvanezcan con igual rapidez, pero se asiste al fenómeno de *la guerra como un gran espectáculo*, se está como hambrientos de visión: las luces de colores de las bengalas, los abiertos combates de la aviación, los potentes estallidos de los cañones y los obuses y las minas, como rayos y truenos de una tormenta descomunal de anormal duración, los incendios de bosques y cosechas, pueblos y caseríos, a lo largo de noches enteras, como fuegos de pirotecnia terrorífica, todo eso atrae y despierta la curiosidad, incluso produce admiración, ese irrepetible espectáculo parece algo sublime, descomunal y gigantesco, el yo siente su pequeñez y su abandono, y hasta se ve absorbido en una especie de éxtasis, de privilegiada contemplación supraterrrestre, de vista panorámica, como a ojo de pájaro, de una especie de terremotos artificiales y erupciones de volcanes generados por los ingenios de la técnica moderna que acarrearán tremendas devastaciones multicolores, con portentosos y brutales efectos sobre el paisaje y sobre los seres humanos que en él habitaban, si no han huido a tiempo.

En los días bélicos la *pulsión erótica* también estalla y se radicaliza de forma inaudita, ya los mitos griegos hablaban de la relación existente entre Ares y Afrodita. El riesgo de perder la vida acrecienta el interés apasionado y obsesivo por el sexo, que se torna compulsivo y afecta

tanto a los soldados como a las mujeres que viven cerca del frente, los momentos íntimos compartidos alcanzan tal ardor que muchos ya no encuentran luego, en tiempos de paz, nada que se les pueda comparar en intensidad. Los vocablos proferidos por los amantes en otras lenguas jamás sonarán tan bellos y comprensibles, tan auténticos e inolvidables. En este sentido, es pertinente reconocer que el amor es un género que tiene muchas especies diversas, pues una es el amor erótico, como acabamos de ver, y otra el de protección, cuidado y conservación, que también se despierta con fuerza en la guerra como contrabalanceo necesario en el equilibrio psíquico, y estas modalidades son diferentes tanto de la camaradería, fruto espontáneo y grupal en momentos de aguda sensación de peligro, como de la amistad, que es selectiva y personal, exige distancia y es irremplazable, notas estas que la separan del extraordinario compañerismo entre los miembros de las pequeñas unidades en acción. De ahí que sean deprimentes las reuniones de antiguos combatientes, que fueron compañeros y compartieron muchas aventuras y penalidades en el frente, pero eso no quiere decir que fueran amigos.

Como es obvio, una de las vivencias decisivas del guerrero es la de *la muerte*, pues en el frente la compulsión a imaginarse la muerte de uno mismo es algo permanente y cotidiano, y tales imágenes fúnebres revisiten notas lúgubres y desesperadas: tal y como se asiste a la frecuente y anodina muerte de otros, uno sabe que para el colectivo también tu propia muerte será algo indiferente. La normalidad de las múltiples muertes en los combates, a menudo como resultado de la distante artillería, hace que los soldados se vayan tornando insensibles a esa tragedia repetida. Las diferencias con los tiempos de paz son en este sentido bien evidentes: uno de los colectivos que más muere en época de guerra es el de la gente joven cumpliendo el servicio militar, esos muchachos desaparecen además a un ritmo acelerado, y el modo de morir no es por accidente o por enfermedad, ni menos aún por la avanzada edad, sino por la devastadora violencia de los artefactos bélicos. Ahora bien, como las circunstancias de sufrir una herida mortal son tan sorprendidas y azarosas, la muerte para el soldado se convierte en algo distante, inaprensible, en una especie de pérdida de tensión, de ruptura de un engranaje sometido a enorme presión, de ahí que a veces incluso se la reclame como la forma más rápida y coherente de acabar de una vez con ese insoportable suplício de tener que esperarla a todas horas. No obstante, no todo el mundo reacciona igual ante el amenazante riesgo de muerte, unos se creen indestructibles y ni se imaginan que pueden morir, otros manifiestan un

coraje excepcional sin perder por ello la lucidez, otros, por el contrario, muestran un miedo paralizante, y, por último, también son diversas las *motivaciones* de los combatientes para arriesgar y aceptar su muerte, en unos predominan las convicciones políticas y las esperanzas de un futuro mejor, en otros, las creencias religiosas y la vida de ultratumba del alma, en otros, el sentido del honor y del loable cumplimiento del deber, y, para completar el espectro, hay asimismo ejemplos de asunción de la muerte como experiencia decisiva que amplía y culmina la vida de lo humano, y que por ello mismo merece vivirse plenamente, pues no es algo ajeno a lo que somos sino que forma parte indisoluble de nuestra condición.

Como dijimos al inicio, en la guerra el soldado se enfrenta con esos otros humanos a quienes por influencia de la propaganda bélica se les ha convertido en el “enemigo”, el contrincante a quien temer y a quien odiar, la alteridad a destruir. En esta *reducción de los adversarios* hay una expeditiva simplificación moral que produce una especie de abstracción de la compleja realidad de los otros y una perversa deshumanización de su personalidad: de seres humanos quizá con otras ideas, otra nacionalidad, otra lengua y diferentes tradiciones, costumbres y uniformes, se pasa a verlos como si fueran animales inferiores, incluso como meros insectos, cucarachas o microbios y virus dañinos, focos infecciosos de una peste a exterminar, o bien como encarnaciones del demonio y de las satánicas fuerzas del mal, que han de ser combatidas sin contemplaciones ni piedad hasta su total erradicación. Como es obvio, esta insidiosa deshumanización es una falacia interesada de letales consecuencias.

Así pues, entre los combatientes de un mismo bando, y de hecho en prácticamente cada unidad de combate, en cada batallón y en cada compañía, se dan una serie de *tipos* diferentes, que coexisten entre ellos acentuándose así su disparidad a ojos de un observador perspicaz. Uno de los más típicos e inevitables es el del militar profesional, el miembro del ejército que ha estudiado en academias y está muy pendiente de su carrera de ascensos, luce galones y se sabe el brazo armado de la nación, el imprescindible instrumento del que se sirven los políticos para llevar a cabo sus decisiones. Este carácter instrumental de su peculiar oficio, marcado por el férreo orden jerárquico y el silenciamiento de las opiniones personales, es el responsable del tono secundario, como de segundo plano, de tales individuos. La estructura del ejército posibilita, además, que el ejercicio del mando no coincida a menudo con las mejores cualidades personales de quienes lo desempeñan, sino con ambiciones, odios

y venganzas, cobardías y privilegios. Las fuertes creencias religiosas marcan la característica predominante de otro de los tipos habituales de combatientes, que entienden la guerra como una cruzada salvadora a la que se lanzan con fanática convicción, como si todo enfrentamiento bélico fuese una guerra de religión. De manera similar, la militancia política en ideologías y partidos que pueden obtener la victoria en la sociedad y conseguir así importantes puestos de poder para dirigir el futuro cambio social impregna para otros individuos la manera concreta de implicarse en la guerra, concebida como medio directo y eficaz de vencer en dicha lucha política. Para este tipo de soldados los enemigos, por la ideología predominante en el país al que pertenecen, pasan a ser vistos como contrincantes a batir para que así pueda triunfar la opción política que ellos defienden, sea de derechas o de izquierdas, una opción que el momento bélico radicaliza y convierte en una especie de panacea de todos los males. También hay soldados que, en pleno torbellino, mantienen sus criterios personales e individuales, y que luchan desde su particular óptica, sin caer en cosmovisiones totalizantes, las de la masa o la mayoría de compañeros. Y hasta se encuentran excepciones que cuestionan el procedimiento bélico elegido, por considerarlo un remedio peor que la enfermedad que pretende curar, son los pacifistas, los cuales arriesgan la vida si manifiestan sus opiniones en público, pues en tal caso suelen sufrir consejos de guerra con duras y ejemplarizantes condenas que disuadan a cualquiera que pudiera rebelarse contra la persistencia de los combates y la idoneidad de las decisiones tácticas y estratégicas de la autoridad político-militar que las toma. No es extraño, pues, que el pacifismo sea combatido en momentos bélicos y que su expresión acarree pérdidas de libertad y en ocasiones el pelotón de fusilamiento.

Como es bien sabido, la guerra tiene un terrible poder de *destrucción*, ante todo de vidas humanas, tanto de la población civil como de los jóvenes que visten uniforme, mortífero resultado que dejan bien patente las innumerables cruces de los cementerios y memoriales de la Gran Guerra; en segundo lugar, de la naturaleza, sean sus víctimas los animales, como los caballos de los jinetes militares y de los vehículos de tracción, o los vegetales, como los bosques y arboledas, los campos de cultivo y los jardines, etc., que saltan por los aires o son quemados y reducidos a cenizas, entre cráteres y oquedades de espeluznantes dimensiones. Y también, en tercer lugar y de forma trágicamente irreparable, la guerra deshace aldeas, pueblos y ciudades, monumentos y tesoros

artísticos e históricos, sean templos, catedrales y edificios bellísimos y únicos, sean museos, cuadros, esculturas, libros y archivos de preciosos documentos. Con frecuencia esta devastación acarrea la muerte de muchos seres inocentes, generando una amarga y muy triste sensación de injusticia y desolación, por la que los humanos que participan en la guerra y son de manera directa o indirecta los responsables de tal aniquilamiento no pueden sino avergonzarse de ser miembros de esta especie tan maligna y atroz. He aquí, pues, una de las vivencias más profundas de la guerra, la *vergüenza* por ser humanos, por ser capaces de tales crueldades y crímenes, de tanta destrucción y devastación, y por no haber aprendido alternativas menos mortíferas de los enfrentamientos bélicos que han tenido lugar en el pasado. Ahora bien, este fenómeno también tiene otra cara, pues participar en la destrucción de forma incontenible, cumpliendo órdenes y mereciendo, además, honores por cumplirlas, es, como hemos dicho, una fuente de *placer*, como cuando un niño destruye castillos de arena para luego hacer otros, o, cansado de un mismo juego, tira las fichas del tablero para que tengan que iniciarse otras partidas de un juego diferente; es una forma de liquidar lo ya existente para dar lugar a la creación y construcción de lo nuevo, y ese ejercicio destructor, rápido y frenético, conlleva goces innegables, que no tienen oportunidad de disfrutarse en tiempos de paz. Esta experiencia aniquiladora que aterroriza a las víctimas tiene, pues, rasgos que podríamos denominar festivos y gratificantes para sus agentes, obsesionados compulsivamente por seguir hasta el final el juego de la guerra.

Pero tiempo después, cuando se ven las ruinas de los campos de batalla, la melancolía predomina. Es comprensible entonces que quienes han sido sujetos activos en el frente necesiten de cierta expiación, hayan de pasar por cierto duelo y tengan que curarse de esa especie de enfermedad mental grave que les ha afectado la psique, desinhibiendo sus pulsiones más elementales y salvajes. Merece entonces que se recuerde retrospectivamente la función que cumplen los *permisos* y los rítmicos traslados a la retaguardia, aunque solo sea por la menor presión que conllevan y los descansos y las distracciones que quizá posibiliten. La estancia en los *hospitales* también puede contemplarse como un paréntesis similar, aunque forzado y de imprevisibles consecuencias, según evolucionen las heridas recibidas, sean corporales, sean psíquicas. Y si quisiéramos completar el abanico de vivencias tendríamos que enumerar también el caso de los *prisioneros de guerra*, sean del bando enemigo que ahora se encuentran bajo la vigilancia de nuestros soldados, o sean

nuestros soldados que han sido capturados por manos enemigas y sobreviven ahora en campos de trabajo al otro lado del frente. Cada una de estas experiencias surge de la participación en un enfrentamiento bélico y es susceptible de detallada descripción, que aquí no haremos, pues se trata de complementos de las vivencias fundamentales del guerrero en la batalla, tal como las presenta Glenn Gray. Tampoco entraremos a considerar el debate filosófico en torno al sentido, la justificación y las posibles vías de superación de la guerra, de la Gran Guerra en concreto, aquí nos mantendremos en el nivel antropológico expositivo de las experiencias de los combatientes.

Con innegable originalidad, este filósofo subraya los *atractivos de la guerra*, y de entre ellos destaca, como hemos dicho, tres placeres, el placer de la destrucción, el de la camaradería y el de la visión, goces que experimenta la naturaleza humana en las batallas y motivos quizá suficientes o complementarios para que jóvenes con deseos de saborear los límites y las honduras de la condición humana se enrolen voluntariamente en el ejército para convertirse en guerreros y entrar así de lleno en los peligros y alicientes de los combates, como hicieron Otto Dix y Ernst Jünger, por ejemplo. La historiadora Joanna Bourke también lo documenta, para muchos combatientes las batallas eran *excitantes* y en ocasiones el combate era una *aventura estimulante*, y para ello presenta casos de participantes en la Gran Guerra que la describieron como una época de “romance, aventura y camaradería”, y que confesaban haber sentido *alegría* al presenciar las salvajes explosiones de las bombas que silenciaban al enemigo, una “gran satisfacción” al herir a la bayoneta a un soldado alemán, y una “alegría indecible” al participar en “las carnicerías, escalofriantes pero excitantes”.⁵ Admitieran o no que disfrutaban de las matanzas, lo que es bien cierto es su estatus de combatientes y de hombres quedaba realzado por el número de soldados enemigos que fueran capaces de matar: el *número de muertos* era un objetivo real de muchos soldados, del que alardeaban, aumentando así la escala de su celo asesino. Una prueba de ello era el floreciente intercambio de *recuerdos* de tales acciones, como cascos, bayonetas e incluso fusiles,

5 Joanna BOURKE, “La experiencia del combate”, en *En guerra*, catálogo de la exposición del mismo título que se presentó del 17 de mayo al 26 de septiembre de 2004 en el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona y el Fórum Universal de las Culturas, Barcelona, Institut d’Edicions de la Diputació de Barcelona, 2004, pp. 114-115.

que se llevaban a casa para documentar sus relatos ante los familiares y avalar su categoría de excombatientes. Ahora bien, la guerra no es una creación de tales individuos, ni todos ellos son sádicos perversos, pues, como precisa con toda razón Bourke, *la guerra es una práctica cultural colectiva*, y si queremos entender por qué tantos civiles asumen la práctica de matar y el riesgo de morir en tiempos de guerra, tendremos que reconocer que participar en ella genera *emociones duales y opuestas*: “en guerra hay tanto excitación como terror. La acción individual en la batalla no es ‘banal’. Al contrario: está infundida de todos los sutiles matices de la sociedad en la que nació. Esta es la razón por la que hay un grado tan alto de complicidad en la guerra. Las fantasías violentas están muy extendidas”.⁶ Cumplir con tales expectativas sociales no nos debe hacer olvidar, por otra parte, que en la modernidad son muchos otros civiles, niños, mujeres y ancianos en su mayoría, cuyos cuerpos se han convertido en las víctimas involuntarias de la guerra, en receptores de lluvias de bombas, como ya pasó en la Gran Guerra tanto en países ocupados como en países no invadidos, y en blancos indiscriminados de los nuevos artefactos técnicos de la artillería y la aviación que actúan a larga distancia.

La versión de la experiencia del combate que transmite esta historiadora británica subraya el papel del *cuerpo*, en el que en la guerra se halla inscrito el *horror*, pues la técnica moderna ha convertido el combate en una matanza mecánica, en un grito silencioso.⁷ El rugido de las máquinas de matar nos ensordece, pero en la batalla persisten los sonidos de las emociones de los humanos, los balbuceos de los combatientes que no pueden soportar más el infierno en que están metidos: no son capaces de transmitir lo que han visto, si piensan en ello enloquecen, tan solo aciertan a formular conmovedoras descripciones del *miedo* que sienten y padecen en una guerra tan brutal y sangrienta. Conscientes de su vulnerabilidad física, apenas pueden moverse, o bien, al acostumbrarse al frente, lo hacen como autómatas, buscando la muerte que les alivie de tanto tormento. Confrontados a las batallas, de su mente desaparecieron las fantasías de heroísmo e invencibilidad que la poblaban, el entusiasmo inicial con el que se enrolaron. Y si no llegaban a desear el suicidio, muchos sí fingían enfermedades, o incapacidad, o buscaban

6 Joanna BOURKE, “La experiencia del combate”, art. cit., p. 116.

7 *Ibidem*, p. 108.

otros modos de evadir los riegos enormes de estar en el frente, retrasando su retorno de los permisos y evitando con mil triquiñuelas su reincorporación a filas.

Durante la Gran Guerra, explica Bourke, el mayor desafío de los ejércitos era *el poder del miedo y del pánico*.⁸ Esas emociones tenían que controlarse y disciplinarse. Había que enseñar a los hombres a responder automáticamente a las órdenes, a ignorar los rumores, a concentrarse en sus líderes y compañeros, a acostumbrarse a la niebla y el ruido. Con frecuencia se utilizaba la coerción para que los hombres lucharan, disparando los oficiales a sus soldados si se propagaba el pánico y castigando a los miedosos para dar ejemplo a los demás. La vida en las trincheras llevaba al estoicismo y a la indiferencia, al endurecimiento para sobrellevar el miedo, el hambre, el frío y el cansancio, a reducir el dispendio de energías para poder volver al calor, a la comida y el descanso. Este estoicismo quedaba reforzado por otros factores, como la creencia en la justicia de la causa por la que se luchaba y el deseo de que acabaran los sufrimientos de los inocentes, civiles que naufragaban o sufrían bombardeos hallándose lejos de los frentes. Si a ello se añadía el tener que presenciar la muerte de queridos colegas y convivir entre sus cadáveres, entonces brotaba una especie de odio asesino, la ira vengativa que rompía con el letargo de la costumbre y que se convertía en furia agresiva al sentirse cada cual amenazado de muerte. Y, para culminar estas ansias de matanza, la ya descrita *deshumanización del enemigo*, reducido a mero objetivo bélico a conquistar o a nefasta epidemia de la que liberarse, provocaba también la correspondiente *deshumanización del combatiente*, convertido en autómatas descontrolado e inconsciente, en animal salvaje movido por el deseo primitivo de sangre y de venganza, un juguete activado por la pulsión de muerte.⁹

Este autorizado y contrastado resumen de la experiencia de los combatientes cobra fuerza extraordinaria en manos de la mejor literatura, como trataremos de mostrar para concluir.

8 Ibidem, p. 110.

9 Ibidem, p. 112.

Dos ejemplos literarios sobre la participación en la Gran Guerra y sus consecuencias

Pasemos ahora a revisar un par de textos literarios que recogen aspectos traumáticos de la experiencia que tuvieron quienes participaron en la Primera Guerra Mundial. Comenzaré por *Viaje al fin de la noche* de L. F. Céline. Esta obra suele ser de cita obligatoria en toda lista de obras literarias sobre aquella contienda, cosa que merece con creces, ciertamente, aunque solo se refiere a los años de enfrentamiento bélico en su primera parte, que ocupa un poco más de un quinto del total del libro, pues todo lo que sigue ya no expone lo que fue la guerra, sino, en todo caso, las consecuencias que esta tuvo sobre la vida posterior del protagonista. A pesar de su limitada extensión al comienzo de la novela, esas ciento veinte páginas son inolvidables y plantean cuestiones que suelen estar ausentes en otros testimonios que describen con muchos más detalles las estancias en el frente y la participación en combates.

El protagonista, Ferdinand Bardamu, estudiante de medicina de veinte años, anarquista, *alter ego* del autor desde al año 1914 hasta comienzos de los treinta, ve desfilar un regimiento y, movido del entusiasmo y sintiéndose heroico por los aplausos del público, se alista de inmediato en el ejército. Esa patriótica y precipitada decisión resulta incongruente en un joven que momentos antes estaba conversando con un amigo, burlándose de la supuesta raza francesa y explicándole la vida social con el símil de una galera, con los amos arriba, disfrutando, y los esclavos abajo, trabajando. La guerra aparecía entonces como un producto del interesado discurso de aquellos para que estos combatan, un discurso paródico en el que se grita “¡Viva la patria n.º 1!” y se desea reventar la sesera de los cabrones de *la patria n.º 2* (16).¹⁰ Cuando se cierran las puertas del cuartel y ya es demasiado tarde para marcharse, ese novato sabe que está atrapado como una rata (17). Un coronel a caballo delante de un regimiento ha sido, pues, como el flautista de Hamelín que ha obnubilado a varios jóvenes pardillos que han decidido alistarse para participar “en aquel increíble tinglado internacional, en el que me había metido por entusiasmo”, como luego confesará el protagonista del relato (37).

10 Entre paréntesis indicamos las páginas de la edición que utilizamos: Louis-Ferdinand CÉLINE, *Viaje al fin de la noche*, trad. de Carlos Manzano, Barcelona, Edhasa, 2011.

Su experiencia de la guerra está marcada toda ella por esa dualidad inicial, la escisión entre su particular sensibilidad individual, muy ingenua al inicio, y el comportamiento de los otros, mandos, colegas y soldados enemigos, que cada vez le resulta más extraño e incomprensible: los franceses disparan a los alemanes y los alemanes disparan a los franceses y él no sabe por qué, pues ni aquellos le han hecho nada para que él les dispare, ni él ha hecho nada para que le disparen, más aún, los conoce, ha vivido años en aquel país, ha ido al colegio allí, habla su lengua, ha participado en sus rituales cerveceros, y de golpe, sin cruzar palabra, todo va a tiros entre ellos. “En resumen, no había quien entendiera la guerra. Aquello no podía continuar” (19). Bardamu siente el deseo de comprender la brutalidad de aquella gente y, al no lograrlo, tiene ganas de marcharse porque “de repente todo aquello me parecía consecuencia de un error tremendo”, un “error abominable” (21), pues silban las balas que le quieren matar, soldados desconocidos le rodean de miles de muertos; tal matanza injustificada hace que la guerra sea, ante todo, “una burla inmensa, universal” (19), una “confusión”, una “abominación” (21), una “imbecilidad infernal” (20) que engendra muerte, mucha muerte inmotivada, innecesaria, ridícula y absurda, de la que hay que escapar, porque nadie la frena ni quiere evitar que se derrame la sangre.

En efecto, contra sus deseos, aquello puede continuar indefinidamente porque los mandos de los dos ejércitos enfrentados y sus tropas respectivas comparten un mismo rasgo, todos ellos son *incapaces de imaginarse su propio fin, su propia muerte*, y están presos de furia destructiva y perversa, superior a la que tienen los perros rabiosos, con lo cual la guerra es “una cruzada apocalíptica”, un “horror”, una “huida en masa, hacia el asesinato en común, hacia el fuego...” (21). Cuando Bardamu se da cuenta de que está como en una celda de manicomio, “perdido entre dos millones de locos heroicos, furiosos y armados hasta los dientes”, cae “presa del espanto”, su “canguelo se vuelve pánico” y desde ese momento la emoción principal que le define es el *miedo*, porque percibe que el fuego de la guerra ha prendido entre la gente y arderá hasta consumirlos a todos, pero él no quiere morir, él no participa de esa locura, del delirio de aquellos monstruos asesinos, y por ello quiere tratar de detener la guerra (23). Una consecuencia que extrae de tal vivencia es que hay que estar casi *solo* ante ella para poder verla bien, entonces se muestra como lo que es, la guerra es una “puta” (22), dicho sea en el lenguaje anticonvencional de la calle, que es el registro

predilecto del escritor en este texto rebelde y combativo, que se burla de la retórica oficial por las falsedades que entraña.

El intento de conversar con su coronel para planificar un alto se frustra por un ataque en el que este muere, el diálogo entre ellos se corta y las palabras desaparecen, aplastadas por el “fuego y el estruendo” (25) que todo lo ocupan, en torno al frente los miembros no cesan de temblar, el humo sigue picando en los ojos, permanece un penetrante olor a pólvora y azufre, como si hubiera que fumar a los soldados, y exterminarlos como a chinches y pulgas. Solo queda una salida, huir. Esa es la experiencia en los campos de Flandes en los primeros meses de la contienda (27). La repentina muerte del coronel reafirma la lección que ha aprendido el joven Bardamu en la guerra: “cuando se carece de imaginación, morir es cosa de nada; cuando se tiene, morir es cosa seria”. Ni el coronel ni el resto de miembros de aquel regimiento parece tener imaginación, solo Bardamu es el único que tiene *imaginación para la muerte*, y, para la suya propia, la prefiere lejana, que suceda muchos años después. La conclusión es clara: “Tiene uno derecho a opinar sobre su propia muerte, ¿no? Pero entonces, ¿adónde ir?”. El problema es que abandonar el servicio está penalizado con un consejo de guerra, y la retaguardia está llena de gendarmes de vigilancia. No hay más remedio que continuar en el ejército, a las órdenes de esos mandos suicidas y sanguinarios. Cuando él ha de ir a recoger provisiones de carne para su nuevo escuadrón, la metáfora más adecuada para describir la guerra toma cuerpo ante el lector: es un *matadero* tan asqueroso que hace vomitar hasta desmayarse y perder el conocimiento (30).

Ascendido a cabo, Bardamu ha de cumplir misiones de enlace, con el riesgo de atravesar a caballo zonas desconocidas y sufrir peligrosas emboscadas nocturnas. Cuando medita sobre lo que está viviendo, descubre una misión más profunda, la que sustenta la escritura que estamos leyendo, fruto de su tarea de *memorialista de la experiencia bélica*: “La gran derrota, en todo, es olvidar, y sobre todo lo que te ha matado [...]. Cuando estemos al borde del hoyo, no habrá que hacerse el listo, pero tampoco olvidar, habrá que contar todo sin cambiar una palabra [...]. Es trabajo de sobra para toda una vida” (34). Empieza así la rememoración de sus sufrimientos, la tortura de verse maltratado por sus superiores, la desdicha del cansancio y las ganas de dormir, tras desplazarse día y noche, cargado con todo el equipaje militar, por las Ardenas y el valle del Mosa. Durante ese otoño se asiste a esa fiesta curiosa del espectáculo nocturno del incendio reiterado de aldeas y bosques (39-40). Las colum-

nas de artillería ocupan las carreteras, los civiles intentan escapar en sentido contrario, y los soldados permanecen en el campo, cercanos al frente. Entonces “los que aún conservaban algo de valor lo perdieron. A partir de aquellos meses empezaron a fusilar a soldados para levantarles la moral” (40). El frío y los cañonazos ya no les abandonaban en su ruta hacia el norte, apenas había diferencias entre el día y la noche, se acabaron las treguas momentáneas, la guerra, esa “monstruosa empresa”, era una tormenta incesante, cada vez más densa y rellena de obuses y balas, la única ventaja de la nocturna oscuridad es que los de enfrente disparaban con menos facilidad, eso era todo, así de simple. “Resultaba difícil llegar a lo esencial, aun en relación con la guerra, la fantasía resiste mucho tiempo” (43).

La fatiga es inmensa, los soldados caen desvanecidos de sueño, las relaciones en el regimiento son una tortura de amenazas e insultos, siempre se acaba en el estiércol, con asco por verse “engañados hasta los tuétanos por una horda de locos furiosos, incapaces ya de otra cosa, si acaso, que matar y ser destripados sin saber por qué” (44). No obstante, hay que hacer como si la vida siguiera, pero eso es lo más duro, la *mentira*, en ese oficio de dejarse matar (45). Ante ese “gran ogro de la guerra” el avituallamiento es una pesadilla más, comer y descansar requieren sufrimiento, tiempo y esfuerzo, las ganas de dormir son enormes, los soldados están “condenados a una muerte aplazada”, el mando los guarda como animales humanos para las grandes matanzas que acaban de empezar, y ellos, para distraerse, roban lo que pueden en las casas abandonadas de los pueblos, como si tuvieran una eternidad por delante para disfrutarlo. El diagnóstico de la situación por parte del escritor repite una certera tesis que ya ha expuesto: “El cañón para ellos no era sino ruido. Por eso pueden durar las guerras. Ni siquiera quienes las hacen, quienes están haciéndolas, las imaginan” (46). El mismo Bardamu, en solitaria misión de reconocimiento, montado a caballo, reconoce que “por la fatiga, me costó trabajo, pese a mis esfuerzos, imaginar mi propia muerte, con suficiente precisión y detalle” (47). Compara entonces a los generales del ejército con los antiguos aztecas y sus cruentos sacrificios al dios de la lluvia, ambos colectivos comparten el mismo desprecio por los cuerpos ajenos. Envidia además la suerte de los caballos, que también sufren la guerra, pero nadie les pide que la suscriban ni que crean en ella, ellos están libres de sentir el entusiasmo zalamero que causa la desdicha de los humanos. Durante los desplazamientos de esa noche solamente brilla la pequeña esperanza de que le hagan prisionero (48),

de que pueda vivir una hora más, “y una sola hora en un mundo en que todo se ha reducido al crimen es ya algo extraordinario” (51). Eso es también lo que desea un reservista llamado Robinson León, que ha tirado el petate y las armas y se ha fugado porque tiene miedo, la guerra le parece cosa de locos y tampoco tiene ganas de matar a nadie (53), solo piensa en no palmarla (59).

Acaba aquí el relato de la estancia en el frente por parte de Ferdinand Bardamu, lo que sigue ya sucede en París y sus alrededores, durante la convalecencia, después de haber sido herido y haber recibido una medalla militar. No nos interesa ahora su crítica descripción de las alteraciones y mascaradas del mundo civil en época de guerra, ni el relato de la relación que entabla con una americana, sino lo que le sucede a dicho soldado precisamente por haber estado en los combates y hallarse ante la perspectiva de tener que retornar al frente cuando le den el alta: él lo retrasa al máximo porque no siente “el menor interés por volver a ocupar su puesto en el ardiente cementerio de las batallas” (62). La suerte de los combates y el posible avance de los alemanes le resultan indiferentes, lo que le obsesiona es su muerte, su “destino de asesinado con sentencia en suspenso” que a todos les parece normal para él, el haber de sobrellevar “esa especie de agonía diferida” que obliga a comprender lúcidamente las verdades (65). Hasta que un día, ante una barraca de tiro abandonada en la que en las viejas dianas se percibían todavía las huellas de los disparos que allí se efectuaron, Bardamu sufre un *ataque de pánico* y cree que están disparando contra él, que hay un disparo inmenso contra todos, para matarlos... y acaba en el hospital, enfermo, febril, enloquecido por el miedo (74).

Tres salidas se le ofrecen tras un tiempo de sometimiento: el frente, el manicomio o el paredón tras un consejo de guerra. Para evitar que le descuarticen, hace un gran esfuerzo de imaginación y reflexiona sobre qué es la *locura* en un momento de “mundo al revés” (78). El factor decisivo en su comportamiento, obviamente, es el *miedo* que siente ante la guerra, un miedo que sabe que no se puede curar, puesto que él rechaza la guerra por entero, con todo lo que entraña, aunque le tilden de loco y de cobarde, y lo hace porque sabe lo que quiere: “no quiero morir nunca” (80). Él no cree ni en la historia de las hecatombes ni en el porvenir, para él “lo único que cuenta es la vida”, el presente. Las conversaciones con un vecino de cama, profesor de Geografía e Historia, le refuerzan en sus planteamientos sobre la locura de las matanzas de soldados, en

especial desde que triunfó la filosofía de los ilustrados y todos los ciudadanos nos convertimos en soldados gratuitos, en creyentes de la religión de la bandera y de la patria, en héroes de fabricación en serie. Ahora los pacifistas son los nuevos herejes, que merecen que se los ajusticie por amor a la patria, el credo que hay que compartir (86).

Bardamu obtiene otra convalecencia de dos meses, en la que sigue con el temor a que lo maten (99). Cuando ha de reincorporarse y pasar un reconocimiento, le vuelven a enviar a un hospital (102). La figura del nuevo médico jefe, abanderado del heroísmo en sus arengas patrióticas a los enfermos y enfermeras, un tal profesor Bestombes, permite un satírico desmontaje del papel de la psiquiatría en la defensa de la ideología guerrera que sustenta los valores del patriotismo, a saber, el altruismo o sacrificio del egoísmo como presunta opción básica del espíritu humano, cuya estructura se supone que ha sido desvelada por fin gracias a la guerra; este sistema de pensamiento pretende curar la enfermedad del miedo para que los afectados puedan participar en los combates, objetivo principal de varios psiquiatras franceses desde principios del XIX, como E. Dupré, que no es un personaje de ficción. El primer paso para lograr la curación es que los enfermos reconozcan sus miedos, los confiesen y, con la ayuda de los doctores, descubran su “auténtica razón de ser”, la Patria. La electricidad con la que Bestombes trata el cuerpo y el espíritu de sus enfermos es, pues, “dosis masivas de ética patriótica, inyecciones de moral reconstituyente” (114). Pero para Bardamu esto es puro teatro, al que sabe adaptarse para salvar su pellejo. Su genuina experiencia de lo que es la guerra quizá tenga su mejor expresión en estas líneas que la sintetizan y contrastan:

Algunos soldados capaces, por lo que yo había oído contar, experimentaban, al mezclarse en los combates, como embriaguez e incluso viva voluptuosidad. Por mi parte, en cuanto intentaba imaginar una voluptuosidad de este orden tan especial, me ponía enfermo durante ocho días al menos. Me sentía tan incapaz de matar a alguien, que, desde luego, más valía renunciar y acabar de una vez. No es que hubiera carecido de experiencia, habían hecho todo lo posible incluso para hacerme coger gusto, pero no tenía ese don. Tal vez habría necesitado una iniciación más lenta (111).

Si leemos ahora *La señora Dalloway* (1925) de Virginia Woolf, nos sorprenderá la coincidencia del enfoque en este desmontaje del papel de la medicina y de la psiquiatría en la ideología bélica predominante en la Europa de los años de la Gran Guerra y de la inmediata posguerra

y en los deplorables efectos que provocó sobre quienes tuvieron que luchar en el frente. La novela, como es bien sabido, narra el transcurrir de *las horas* de un día de junio de 1923 en la ciudad de Londres. Tiene dos figuras principales en contrapunto, Clarissa Dalloway y su doble, un exsoldado oficialmente loco, Septimus Warren Smith, en quien la escritora pone gran parte de su propia experiencia personal: se trata de un excombatiente de la guerra del 14 que vivió el terror de las batallas y, sobre todo, la bomba que hizo explotar en fragmentos a su amigo, el teniente Evans, horror que no pudo sentir con suficiente emoción en aquel momento, ni verbalizarlo adecuadamente para así vivir y superar el duelo. A resultas de tales vivencias, sufre ahora, cuando pasea por Londres, los efectos desquiciantes de aquel *shock* y, para librarse del sufrimiento, amenaza con matarse. La guerra sigue estando presente en Septimus, sus consecuencias le condicionan la vida, le trastornan la psique. Los árboles de Regent's Park adoptan a sus ojos formas humanas y determinados objetos se metamorfosean, resucitando la figura de aquel amigo entrañable que desapareció en Italia, poco antes de que se firmara el Armisticio. Los crímenes de guerra se le aparecen en las horas de la madrugada y toda su vida posterior, con su boda y su ascenso social y laboral, como corresponde a un héroe de probada valentía, muestra su inconsistencia y le acusa por su insensibilidad y por sus falsedades y mentiras. Septimus acaba suicidándose, tirándose por la ventana, con el cuerpo atravesado por los pinchos de una verja. Ahora bien, más que un suicidio, estamos ante un asesinato en toda regla.¹¹ Esta es la versión que nos ofrece la insobornable mirada crítica de la escritora, que no podemos presentar aquí en toda su rica textualidad.

Septimus tiene unos treinta años, ocupa un puesto de responsabilidad en una empresa inmobiliaria, desarrolló su hombría en la Gran Guerra, para la que se presentó voluntario para salvar a Inglaterra; en las trincheras gozó del afecto de un oficial, que murió en el frente sin que eso le produjera una gran emoción, luego empezó a tener pánico por no poder sentir, a sufrir repentinos ataques de miedo (229-232), y ahora su vida en Londres le causa terror, las cosas se concentran ante

11 Así lo dice María Lozano en su excelente "Introducción" a su edición de Virginia WOOLF, *La señora Dalloway*, 7.^a ed., trad. de Mariano Baselga, Madrid, Cátedra, 2011, p. 118. Los números entre paréntesis que vienen a continuación remiten a las páginas de esta edición.

sus ojos “como si algún horror hubiese subido a la superficie y estuviese a punto de inflamarse de repente. El mundo vibraba, temblaba y amenazaba con estallar en llamas” (162-163). Lucrezia, su mujer italiana, con la que lleva unos cinco años casado, le ha oído una frase espantosa: “me voy a matar”, signo de fracaso que hay que esconder y no decírselo a nadie, por eso ella le lleva a los parques y procura estimular y distraer a su marido, como le ha recomendado el doctor Holmes (169), a cuyo juicio a ese paciente no le pasa nada, “síntomas de nervios y nada más” (236). Septimus no dice que quiere matarse porque sea un cobarde, pues “había luchado; era valiente; él no era Septimus en ese momento” (170). En Regent’s Park está solo, sentado en el banco, con la mirada fija y hablando en voz alta, diciendo que nadie mata por odio e imaginando que los gorriones le llaman por su nombre, cantando que el crimen no existe y que no hay muerte, él los ve a la orilla del río por donde caminan los muertos, y detrás de la barandilla de enfrente se encuentra Evans, su amigo fallecido (172). Septimus no se fija en lo que su mujer le indica, oye la llamada de lo invisible y se cree el chivo expiatorio, el eterno sufridor, por eso gime (173). Lucrezia ya no puede soportar más que su marido diga cosas tan crueles y perversas y que constantemente hable con un muerto (211), así se ha vuelto cada vez más extraño y se ha convertido en su verdugo, pues trata de convencerla de que se suiciden juntos. Los mensajes que le dicta repiten obsesivamente que no hay crimen, solo amor universal, que los cielos son misericordiosos, pues le han perdonado por su debilidad (214). Pero los muertos reaparecen sin cesar una y otra vez, Evans sobre todo, y para intentar algún remedio, ya que Septimus está harto de las visitas del doctor Holmes y se niega a verlo, ella ha concertado una cita con sir William Bradshaw, eminente psiquiatra, “sacerdote de la ciencia” (239), quien de inmediato percibe que está ante un caso de extrema gravedad. Este especialista no habla de locura, sino de “carecer del sentido de la proporción” (242). Ante las amenazas de suicidio y por imperativo legal, el famoso doctor ordena el ingreso en uno de sus sanatorios, pues el paciente no solo ha de recuperar la adecuada Proporción, además ha de sufrir una especie de Conversión, las dos hermanas que moran en el corazón de ese doctor, movido por las ansias de dominio y de poder (246), ellas aplastan toda oposición, encierran a la gente, son la autoridad. Bradshaw decide que el enfermo ha de ingresar solo en el sanatorio, sin la compañía de seres queridos, y hay que seguir esas instrucciones. De regreso a casa, preparando el equipaje, Holmes quiere subir para visitarle, y antes de que lo

alcance, Septimus se lanza por la ventana y cae sobre la verja del patio (290). Una ambulancia lo recoge, uno de los triunfos de la civilización, de “la eficacia, la organización, el espíritu comunitario de Londres” (292). Quienes guardan las proporciones y se convierten, creyendo en este sistema de vida, esos son de hecho los muertos vivientes que deambulan por la ciudad.